

Poemas en la luna

De la luna y el sol

FERNANDO GARAVITO

Letra a Letra, Bogotá, 2015, 79 pp.

FERNANDO GARAVITO (Bogotá, 1944-Nuevo México, Estados Unidos, 2010) es un nombre muy conocido en el ámbito colombiano, porque supimos de él muchas cosas cuando ejerció el periodismo, casi siempre cultural, primero desde la dirección de un famoso suplemento dominical (así llamábamos a las publicaciones literarias y artísticas que circulaban los domingos con los periódicos, en tamaño tabloide, para diferenciarlos, justamente, de los periódicos como tal: historia patria) llamado *Estravagario*, del periódico *El Pueblo* de Cali, en 1975. Después fue autor de libros de periodismo, unos buenos, otros simplemente biografías o grandes reportajes de personajes del poder, como Ernesto Samper, de quien sin duda por sus simpatías personales (o políticas) ocultó sus facetas oscuras en el gobierno (1994-1998), concretamente en el famoso Proceso 8.000, relacionado con apoyos políticos y económicos por parte del narcotráfico. Después escribió una columna en *El Espectador* bajo el seudónimo del Señor de las Moscas (en otros periódicos sus columnas aparecían firmadas por Juan Mosca), en la cual hacía una crítica mordaz, hasta que llegó al poder Álvaro Uribe y esa confrontación se hizo insostenible (además Garavito había escrito, en coautoría, una biografía no autorizada de Uribe, denunciando no pocas cosas que dejaban muy mal parado al entonces presidente). Lo amenazaron gravemente en 2002 y debió irse del país, con rumbo a los Estados Unidos.

Pero, además de sus períodos artísticos en publicaciones como el mencionado suplemento literario y otras similares, Fernando Garavito escribió también libros de poemas. *Já* (1976) e *Ilusiones y erecciones* (1989) son dos de ellos. Y al parecer aplazaba el gusto de escribir poesía hasta que, ya en el exilio político, le dedicó mayor tiempo. De allí nace *De la luna y el sol*, dado que en 2009 la Fundación Lannan, del país del norte, le otorgó una residencia en Marfa, Texas, que dedicó a la es-

critura de estos poemas, íntegramente inspirados en su fallecida esposa Priscilla Welton (no se debe olvidar que antes había estado casado con la poeta María Mercedes Carranza, con quien emprendió varias de las empresas periodísticas y literarias que se han anotado). Garavito murió en 2010 en un accidente de tránsito cuando regresaba de Santa Fe a su casa, en Estados Unidos. Estaba en Marfa y trabajaba en el libro para el cual le habían dado la residencia, según cuenta en uno de los correos electrónicos que escribió a su entrañable amiga Ana Fernanda Urrea y que el libro trae a manera de prefacio. En ese último correo, enviado apenas cuatro días antes de su mortal accidente, le dice a su amiga: “Cada día creo menos en Colombia, lo digo con tristeza, pero así es”.

De la luna y el sol. Palabras para las Romanzas sin palabras de Félix Mendelssohn en principio era un libro de 48 poemas muy cortos (“identifiqué entonces 48 momentos en la vida de Priscilla y traté de relacionarlos con alguna de las *Romanzas*, buscando no hacer de la música algo descriptivo, sino algo tan profundo como debió pensarlo Mendelssohn”, dice en uno de aquellos correos escritos a su amiga), que son momentos apenas insinuados (“quise quitarle a la poesía las palabras”). Pero el libro ahora impreso tiene en realidad 42 poemas cortos con título (sufrió el mortal accidente antes de completarlos), fecha y lugar; seis títulos (sin texto) con fecha y lugar, dos sonetos y una última página con dos líneas (una autora dice, en uno de los paratextos de este libro, que se trata de un haikú; no es un haikú, son dos líneas, como cualquier texto de solo dos líneas. Lo que ocurre es que generalmente a todo texto corto se le llama haikú, como un error que ha hecho carrera, y como tantas equivocadas palabras, instauradas en el léxico “nacional”).

Hace tiempo oí decir que Marcel Proust, cuando escribía *En busca del tiempo perdido* y caía en bloqueos que le impedían seguir, acudía a un trío, quizás de violines, para que tocara una música en particular y, de esa forma, desatracar la narración que tenía en marcha. Es decir, la música despertaba sus recuerdos. Como nos ocurre a todos, sin duda: una determinada can-

ción, casi siempre popular, nos lleva a un sitio de nuestra juventud y nos trae al recuerdo los nombres de los amigos que han quedado atrás, un amor, la calle donde vivíamos, etc. Traigo esto a cuento a propósito del subtítulo del libro: *Palabras para las Romanzas sin palabras de Félix Mendelssohn*, y es precisamente por medio de esa música que el autor “recupera” los recuerdos. O los ubica. Cada poema es un recuerdo, con el nombre del movimiento de las *Romanzas*, el título del poema, el lugar y el año. Así:

Opus 53-Número 2

EN SILENCIO

Bogotá, 1985

Estas habitaciones sucesivas
este salir y andar calles y esquinas
después de las palabras
y la lluvia.

(p. 44)

De esta manera se presentan todos los 42 poemas, en los cuales, como digo, a pesar de estar inspirados en Priscilla Welton, su nombre no es mencionado ni una sola vez. Y tampoco contienen adjetivos ni pronombres. Garavito, además de querer “quitarle a la poesía las palabras”, quería también poemas sustantivos, sin los adjetivos que, quizás, edulcoran el poema, lo hacen efectista. Su concentración en esos objetivos era absoluta, al extremo de llegar a oír más de quinientas veces las *Romanzas* de Mendelssohn, según llegó a decir. Poemas que son casi una sola sensación, un aire. El lector no alcanza a ver en ellos la relación que hay entre el recuerdo del poeta y el momento de su amada; menos aún, si se quiere, la relación con el movimiento de las *Romanzas*. Si el lector prescinde del contexto que alberga a todos los poemas, es decir, la inspiración del poeta en las *Romanzas sin palabras* de Mendelssohn para llegar hasta un recuerdo determinado de Priscilla, la mujer amada, lo que encuentra son unos poemas muy cortos casi un suave viento; encuentra que están casi desprovistos de cualquier carnadura. Como aquí (y tomo cualquier otro poema):

Opus 19-Número 1

MÁS ALLÁ

Bogotá, 1997

Más allá del ocaso
el infinito.

Cada cual lleva su horizonte
en la mirada.

(p. 25)

Fernando Garavito muere en un momento en que no debería haber muerto, puede uno decir, de manera poco seria, tal vez. Porque deja un libro inconcluso, a expensas de un editor que hace lo mejor que puede. (Desde ya digo que la presente edición es impecable, pues le da al lector todos los elementos de juicio, y además añade tres textos muy importantes para entender de qué se trata todo esto: los correos de Garavito a su amiga; un comentario de William Ospina, quien conocía al autor y conocía su vena poética, y un ensayo de Yirama Castaño.) Pero los poemas no terminan de “defenderse solos”, como debe ocurrir siempre. No terminan de decir casi nada. Aunque ese, en buena medida, era el deseo del poeta, como se puede colegir de lo dicho hasta ahora. Y es normal que así ocurra con un libro tan pensado, quizás. Tan premeditado, tan sujeto a la sensibilidad de su autor al vaivén de la música de Mendelssohn. Los recuerdos de Fernando Garavito en este libro de poemas no son de carne y hueso: son del aire de la música, de la poesía sin palabras de la música. Empresa, a mi entender, casi imposible, cuando se trata justamente de poner eso en palabras: una cosa es la poesía, que puede andar por el ambiente; otra es el poema, hecho de palabras. Aunque en otro terreno poema y poesía sean una y la misma cosa.

Luis Germán Sierra J.